

" fraile abisinio te espera en los bosques en medio
 " de los tigres; el misionero americano cuida de
 " nuestra conservacion en sus inmensas selvas. Ar-
 " rojado por un naufragio en playas desconocidas,
 " descubres de repente una Cruz sobre una roca:
 " desgraciado de tí si al verla no derramas lágrí-
 " mas; estás en un pais de amigos, de *cristianos*.
 " Tú eres frances, es verdad, y ellos son tal vez es-
 " pañoles, alemanes, ingleses; y ¿qué importa? ¿no
 " perteneces á la gran familia de Jesucristo? Aque-
 " llos extranjeros te reconocerán por hermano; á tí
 " convidan con la cruz; nunca te han visto, y sin
 " embargo lloran de alegría al hallarte libre del de-
 " sierto. . . . ¡Inmensa y sublime idea que hermana
 " al cristiano de la China con el cristiano de Fran-
 " cia, y al salvaje neófito con el fraile egipcio! Ya
 " no somos extranjeros en la tierra; ya no podemos
 " perdernos en ella: Jesucristo nos ha vuelto la he-
 " rencia que el pecado de Adam nos habia arreba-
 " tado. Cristianos, ya no hay Oceano, ni incógni-
 " tos desiertos para vosotros: en todas partes ha-
 " llaréis la lengua de vuestros abuelos y la cabaña
 " de vuestro padre!" ¡Ay de aquella institucion,
 " acaso la mas perfecta que ha producido el espíritu

1 Chateaubriand: *Ensayo sobre las revoluciones*.

del cristianismo, constituida para todos los tiem-
 pos, todos los lugares, y todos los empleos; cuyos
 individuos reunian en grado igual, la ciencia y la
 piedad, la política y la austeridad, la dignidad y la
 modestia, la ciencia de Dios y la de los hombres!
 Hablo de los jesuitas, á los que ni la educacion, ni
 el púlpito, ni las misiones, ni ninguna obra útil les
 era forastera; su vida toda no era otra cosa, que un
 dilatado sacrificio por la felicidad de sus semejan-
 tes. Ellos ponian toda su gloria en la virtud y en
 la sabiduría; sus delicias, en los estudios útiles; su
 ambicion en el cielo; y en la buena conciencia, su
 felicidad. La impía filosofia, en odio á la religion
 cristiana, los calumnió villanamente, y triunfó de
 ellos: sin embargo, no ha podido menos que confe-
 sar por boca de sus mas queridos hijos, que eran
 sabios y virtuosos, y que su conducta daba honor á
 la humanidad¹. "Yo pudiera probar, si quisiera,
 decia D'Alembert á Federico, que la vanidad, la

1 "En el espacio de siete años que viví en la casa de los je-
 suitas, dice el mismo Voltaire, ¿qué es lo que ví en ellos? La vi-
 da mas laboriosa y al mismo tiempo la mas frugal: todas las ho-
 ras repartidas entre el cuidado que de nosotros tenian, y los ejer-
 cicios de su austera profesion. Invoco aquí el testimonio de mi-
 llares de discípulos como yo: por esto no ceso de admirarme que
 pueda acusárseles de enseñar una moral corruptora."

venganza secreta, y la intriga han sido la causa de la espulsion de los jesuitas." Y Federico, que él mismo confesaba que era hereje y aun incrédulo, cuando los conoció de cerca, los amó, los estimó, los protegió, y fué uno de sus mas celosos defensores y apologistas, conservándolos en sus Estados como un cuerpo útil y necesario; y decia á Voltaire, cuando este monstruo le instaba á que los espulsase de ellos: "Yo conservaré este precioso grano, para dar á quien quiera cultivar en su pais esta planta tan rara y beneficosa." Ello es incontestable, que la guerra declarada á los jesuitas por la impía filosofia, que los creyó y tuvo como los granaderos de la religion cristiana, nació de la ignorancia ó idea insensata que tiene de esta religion divina. Los impíos están persuadidos, que la religion cristiana es obra de los hombres, y que quitándole á los jesuitas, era minarla en sus fundamentos, era destruirla. Pero ¿no ven estos insensatos que esta divina religion ha existido mas de catorce siglos sin ellos? ¿Ignoran que su estabilidad hasta la consumacion de los siglos, está prometida por el mismo Jesucristo su divino Fundador? Sí, ¡hombres soberbios y temerarios! jamas prevalecerán contra ella, ni toda la raza filosófica, ni la infernal; porque escrito está: *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam: ve-*

nerunt flumina, flaverunt venti, et irruerunt in domum istam, et non cecidit; fundata enim erat supra firmam petram.

Pero qué, ¿olvidais que en otro tiempo la impiedad, la licencia, la avaricia, la violencia, la crueldad, y todas las pasiones y artes diabólicas, se conjuran contra ella, haciéndole la guerra mas feroz y sin tregua? ¿Y qué consiguen todos los esfuerzos impíos y todas las negras maquinaciones con que la atacan? Solo consiguen el prepararle nuevos y gloriosos triunfos, viéndose á sus encarnizados enemigos, ó mas bien verdugos, derrotados y confundidos; y á los libros santos que su divino Fundador Jesucristo le legara, respetados y admirados de todos los pueblos, gentes y naciones. Ella, sin confiar jamas en los débiles apoyos de los hombres, triunfa así en los tiempos de persecuciones y borrascas, como en los de calma y prosperidad; así en los de relajacion é ignorancia, como en los de fervor y luz. Cuando los orgullosos Césares juraron envidiosos su esterminio y se esforzaron por todos los medios á trastornar su gerarquía, ¿no los visteis vencidos, llevando en señal sobre sus régias cabezas el signo honroso de la Redencion?.....

Sin la religion cristiana, ¿qué hubiera llegado á ser la Europa, despues de la destruccion del impe-

rio romano? Lo que son en el día la Grecia, el Asia menor, la Siria, el Egipto y todos los reinos del Oriente: estos países son alumbrados por el Evangelio, y se ve en ellos ilustración, artes, ciencias, libertad, virtudes: se les apaga esta celestial antorcha, y todo desaparece, todo se esteriliza, sumergiéndose en una profunda noche. La religión es, ha sido, y será siempre, el consuelo de los pobres, la esperanza de los ricos, el freno de los reyes y de los poderosos, y el amparo y defensa de los pueblos. Y si, no obstante las luces y auxilios que da, hay vicios y maldades entre los hombres, esto consiste en que, habiendo querido Dios que el hombre fuese libre ó señor de sus operaciones para que sea capaz de mérito y de demérito, de virtud y de vicio, para que en justicia reciba en su día los premios ó castigos eternos que por su conducta mereciera, abusa libremente aun de las más excelentes instituciones, de todo lo más sagrado: y si en los momentos de fermentación y de vértigo los pueblos han hecho servir alguna vez á sus pasiones el mismo freno que debiera contenerlos y guiarlos, esto no es culpa de la religión, sino de los que, olvidándose de sus deberes, no escuchan sus mandatos, y sí sus violentas pasiones. Pero con todo, estos males pasajeros, que tanto exageran y abultan los im-

píos, no son nada en comparación de los bienes constantes, universales é inestimables que ella procura: sin ella, en fin, seríamos desgraciados, y nuestros vicios y nuestras pasiones serían incurables.

¡Filósofos! mostrad una nación de más luces, de costumbres más puras, de una legislación más sabia, de un gobierno más moderado, de una sociedad más dulce y más duradera, y de una felicidad pública más visible que las naciones sujetas al Evangelio de Jesucristo. Sí, todo lo que Atenas, todo lo que Lacedemonia, todo lo que Roma, ó subiendo hasta el origen, todo lo que Egipto y los Estados más cultos y políticos tienen en su legislación de más sabio, todo, decía el gran Bossuet, todo, es nada en comparación de la sabiduría contenida en la ley evangélica, de quien todas las demás leyes escogieron lo que tenían de mejor.

Para conocer más y más la utilidad y valor infinito de la religión cristiana, se hace indispensable no olvidar lo que eran nuestros padres antes de hacerse cristianos; y presentarnos á la consideración el cuadro espantoso de las costumbres paganas; ó como dice el P. Cevallos, era necesario que sus enemigos los filósofos, dejasen ir su vista hácia una y hácia otra parte del mundo, y que penetrasen por

todos los siglos pasados. Es decir, es preciso que fijen su consideracion en el rito sangriento de todas las supersticiones inhumanas ó religiones humanas. Acuérdense, por lo menos, de aquellos males que el Evangelio les ha escusado ver, y aun padecer en sí mismos. Entren por los templos de los griegos, de los cartaginenses, de los scitas, de los árabes, de los romanos, de los galos, de los españoles, y pocos siglos há de los mexicanos y de las otras naciones conquistadas. Miren la carnicería que se hace en los hombres sus hermanos, y en todos los vivientes. Por do quiera verán á los sacerdotes armados con el fuego y el hierro, para sacar á los hombres el corazon caliente y la sangre humeando para ofrecerla en sacrificio á unas divinidades implacables: si se pudieran numerar las vidas de hombres que ha quitado la idolatría en todos los siglos y en todos los pueblos, seriamos trasportados de admiracion y de compasion al ver la ruina del linaje humano. Aquí veriamos la muerte erigida en divinidad sobre las aras, sin poder saciar su voracidad con el sacrificio de cuanto respira y tiene vida en la naturaleza. Allí veriamos á Saturno y á Moloc hartarse de los mas tiernos parvulillos, sin decir jamas basta. Allá, y sobre cada sepulcro, juzgaríamos levantados los manes de cada muerto, pi-

diendo ser aplacados con la sangre de todos los amigos y enemigos del mismo difunto. Los cartaginenses, cuando se vieron sitiados y vencidos por Agatocles, inmolaron de una vez doscientos jóvenes de los mas nobles, sacados por suerte. Amilcar, durante la batalla que daba á Sicilia, hacia mantener una hoguera con toda especie de víctimas, para tener propicio á Saturno. Eusebio y Lactancio no se admiraban de que esta fiera supersticion hubiese prevalecido entre las naciones bárbaras, sino que se usaban lo mismo entre las que se tenian por sábias, ilustradas y humanas. En Roma no se celebraba ningun triunfo sin sacrificar á Júpiter Capitolino los mas de los prisioneros de guerra. Sobre las entrañas rotas de un infante, se juró la conjuracion de Catalina, segun Dion, y despues comieron de ellas Antonio y otros príncipes conjurados. A Júpiter y á Apolo le pagaba la Italia la décima de cuantos hombres nacia. Los lacedemonios sacrificaban á Marte; los focenses á Diana; los rodanos á Saturno; los cretenses á Júpiter; los de Chio á Dionisio, y los de Lesbos á Baco. Los griegos, antes de salir á la guerra, sacrificaban estas clases de víctimas. En fin, todas las gentes y naciones estaban sujetas á estas carnicerías; y solo una nacion que conocia y adoraba al verdadero Dios, se vió libre

de ellas, y de ser envuelta en la corrupcion universal en que se encontraba el género humano. Cualquiera que se atreviese á referir las ceremonias de aquellos dioses nefandos, sus fiestas, sus misterios impuros, sus celos, sus crueldades, los himnos que se les cantaban y las pinturas que se consagraban en sus templos, sonrojaria á la humanidad. Mas baste decir, que tenian otros tantos dioses, cuantas eran las acciones torpes y criminales que se conocian.....

¡Filósofos! ved el estado necesario á que se precipitan los hombres abandonados entre los brazos de la débil y ciega razon humana; esa misma, aunque mas feroz é impía, es la que en estos dias nos anunciais con tanto aparato y con las mas pompas y dulces voces y frases, debe trasformar el mundo en una morada de paz, de consuelo, de holganza y de felicidad: mas ¡ay! ¿cuál será el resultado? El que se ha visto y tocado cuando ha llegado á reinar.... La Francia hable.... Esta nacion, allá en el frenesí de su impiedad, la proclama por su divinidad. ¡Ay! ¡y qué se siguió á esta insensata y sacrílega proclamacion! El adorarla bajo el símbolo de una célebre prostituta..... Los altares que le dedican, son ruinas ensangrentadas; sus sacerdotes, feroces verdugos que hacen correr mezclada la san-

gre del padre, de la madre y del hijo, del esposo y de la esposa, del hermano y de la hermana, de la doncella, del niño y aun de ancianos octogenarios.... y su culto, cánticos de proscripcion y de muerte.... Ved y considerad, filósofos, la obra que dignamente os pertenece.... De manera, que si la antigua idolatría inmataba á los hombres ante las aras de Júpiter ó de Saturno, vosotros los degollais ante las aras de la diosa Razon; con la diferencia, que el procedimiento de aquella era hijo en parte de su ignorancia y de una piedad mal entendida, y el vuestro lo es, de la mas refinada malicia é impiedad mas atrevida y feroz.

¿Y quién ¡oh filósofos! libró á las naciones todas del insoportable y humillante yugo de la idolatría, haciendo desaparecer los sacrificios humanos, y trasformando sus costumbres en racionales y civiles, en lugar de las brutales y feroces en que estaban envueltas? ¿Quién impuso tan perpetuo silencio á los celebrados oráculos del paganismo? ¿Quién hizo callar al espíritu de Clarós, que fué á consultar Germánico, como dice Tácito? ¿Dónde está aquella cueva de Trofonio, de donde salian los hombres tanserios? ¿Quién cerró la boca á Júpiter Ammon, por cuyas respuestas se espuso Alejandro á perecer con todo su ejército, segun refiere Quinto Cur-

cio? ¿Quién hizo muda á la Beocia, que por la multitud de sus oráculos se llamó vocal? ¿Cómo no habla, ó al menos, cómo no gime aquella paloma seducida y que seducía á la filósofa Grecia, saliendo á escucharla en la selva de Dodona? ¿Qué virtud secreta hizo que no se hablase mas en el mundo de aquel genio decidor que hacia profetas y adivinos aun á las cabras? "Callaron ya, decia Clemente de Alejandría, Dario, Fythio, Didimeo, Amphiarco, Apolo Anfiloquio: ponen el dedo sobre su boca los aurúspices, los augures, los intérpretes de los sueños y los que vaticinaban por la harina y por el farro: se amontonaron las cábras preparadas para la divinacion, y se volaron los cuervos que daban oráculos á los hombres." Y ¿á qué poder ó causa deben atribuirse estas novedades tan maravillosas? ¿Qué luz ha podido disipar las tinieblas y espesa ignorancia en que yacian los hombres? ¿Fué acaso la razon humana ó la filosofia? No por cierto: antes por el contrario, ella intenta con el mayor descaro reducirnos á aquel estado degradante, haciéndonos pasar antes aun mayores desgracias y calamidades.

Solamente á Jesucristo, el justo, el deseado de las naciones, el rey de los tiempos, fué reservada esta obra maravillosa: su divina religion con el culto racional y santo que prescribe y con su vivifi-

cante doctrina, rompió aquellas tinieblas en que envueltos los hombres caminaban á la muerte. El universo todo, ha visto y experimentado que á solo el Evangelio del Hijo de Dios y de la immaculada vírgen María, estaba reservado el triunfo y la gloria de salvar á los hombres; á la gracia y virtud irresistible de su celestial doctrina, todo cede; y postrándose el universo ante la Cruz, triunfa á un mismo tiempo de los reyes, de los tiranos, de los filósofos, de las pasiones y de la filosofia: sí, apenas es anunciado sobre la tierra, se reforman las costumbres, caen los errores torpes del paganismo y enmudecen sus mentidos oráculos. Porfirio, el mayor y mas astuto enemigo que ha tenido el cristianismo, pone en boca de su dios Apolo desesperado las siguientes palabras, en las que confiesa á mas, de que á la virtud del Hijo de Dios se debe el silencio de sus falsas deidades; tambien la Trinidad de las divinas personas: "Gemid, templos, dice, desolaos " trípodes, que Apolo os deja y os abandona, obligado por una luz celeste y por una fuerza superior, contra la cual no puede resistir: la sacerdotisa ha perdido la voz, y está mucho tiempo ha " ce condenada al silencio. Y tú, infeliz sacerdote, " no me preguntes mas sobre el *Padre divino* ni sobre su *Hijo único*, ni sobre el *Espíritu Santo* que

“ es el Alma del mundo. Este mismo espíritu es el
 “ que me arroja de este lugar y ya no puedo decir
 “ otra cosa ¹.”

Ello es, que con la ley evangélica, las nociones de la justicia se restablecen, el principio moral renace, los hombres se unen con nuevos lazos, la sociedad se ordena bajo las bases indestructibles de la justicia, de la concordia y del amor; donde quiera se predica esta divina palabra: *La multitud de los creyentes no tiene sino un alma, un corazón*: la paz y la inocencia rigen en cuantas partes se propaga; y las maravillas y señales con que sus enviados la confirman, confunden y convierten los mas sagaces y críticos filósofos de la Grecia, de Roma y de Atenas. Sí; el Evangelio solo, repito, tremolando la bandera sagrada del perdón y de la salud, sobre las ruinas inmundas de la degradante idolatría, é inspirando en el corazón un amor mutuo, puro, santo, generoso, gratuito y eficaz con todas las virtudes; hace que los pueblos se vivifiquen, y que una vida llena de dulces y celestiales esperanzas haga su felicidad; desapareciendo las doctrinas del odio, de la esclavitud y de la muerte, al presentarse las de la caridad, libertad y vida; apare-

¹ Euseb. *Præp. Evang.* lib. 5.

ciendo sobre la tierra una nueva progenie de hombres justos, salida de las ruinas de la infidelidad: aquí, sí, filósofos, tiene principio el siglo de las luces, del verdadero progreso, de la libertad y de la dicha; pudiendo decirse con Exequiel, que “aquel-
 la tierra otras veces desierta y desolada, y llena de abominación á los ojos de todo viador; hé allí que se ha hecho como un jardín ameno y delicioso; y las naciones destruidas y sepultadas se asientan mejor reparadas é ilustradas.”

Hagamos una breve reflexion sobre lo dicho, que suplico se medite profundamente y con toda sinceridad. Figurémonos que la impía filosofía apague, como intenta, la sagrada lámpara de la revelacion, y que quite de la Iglesia de Jesucristo la Hostia y el Sacrificio, y que en su lugar se torne á levantar la abominacion de la desolacion; esto es, los abominables dioses de las antiguas ciudades ú otros, siempre hechuras de los hombres: representémonos que los nuevos Julianos lograsen reparar los ritos y ceremonias del paganismo con sus sangrientos y nefandos sacrificios; ¡ay en este caso de nosotros! ¡ay de las generaciones venideras, pues en lugar del depósito sagrado que de nuestros padres hemos recibido, ellas recibirian como legado, de nosotros, la apostasía y la abominacion! Y qué, ¿nos hemos de